

TOMÁS

Tomás encendió un cigarro con parsimonia y absorbió con fuerza dos o tres veces hasta que éste prendió bien.

No era una tarea fácil, pues normalmente no estaba bien seco y había que esforzarse; pero la costumbre de muchos cigarros facilitaba la tarea.

Miró lentamente hacia el valle y al fondo, sobre la línea del horizonte, detrás de la bruma que empaña los detalles, adivinó el azul del mar, y por un momento percibió el acre olor a sal que le trajo recuerdos de su primer y único viaje a la costa. Fue después de la boda de Ángel. Sí, era el día de la despedida de soltero de Vicente. Estuvieron cenando en el mesón de la carretera, y después de una buena, y abundante, cena regada con vino abundante y no tan bueno, rematada por un café y algunas copas, pensaron que lo mejor era irse a alguna discoteca de la costa a ver si ligaban con alguna extranjera, y en todo caso, bañarse al amanecer, cuando el agua del mar está tibia y no hay olas que arrastren a los hombres de tierra adentro.

Encontraron aparcamiento fácilmente y primero fueron a dar una vuelta por el paseo para ambientarse y tomar unas copas. Hacia la medianoche entraron en una de las muchas discotecas que

atraían su atención con neones de colores centelleantes. No estaba mal ni bien; no había mucha gente, pero también se veían huecos. Se encontraba a gusto, no hacía demasiado calor y el hecho de ser un desconocido, uno más en la multitud, le daba una extraña sensación de libertad que no sentía en el pueblo, donde todos se conocían y cualquier cosa que se hiciese un poco fuera de lo normal sería al día siguiente comidilla de comadres y tertulias de café. La música era buena, sus conocimientos no llegaban a tanto como para saber de qué estilo o cantantes era, pero le animaba el corazón y le hacía seguir el ritmo con los pies. Poco a poco empezó a caldearse el ambiente y sintió que algunas gotas de sudor le corrían por la columna y las sienes; las combatió con gintonics con mucho hielo. Cuando empezaron con la tanda de canciones de los sesenta se le animó el espíritu y se lanzó a la pista. Daba vueltas como un derivate y no paraba de saltar, sentía que tenía alas en los pies y el ritmo de la música se le metía en la sangre. Perdió la noción del tiempo y de la fatiga; de vez en cuando se acercaba a la barra a repostar y sólo contestaba con sonrisas y encogimiento de hombros a las bromas que no dejaban de gastarles los amigos; alguna vez se le iban los ojos detrás de alguna walkiria,

pero pronto volvía a su danza pensando que no estaban hechas para él. De pronto se apagaron las luces y la música cambió para convertirse en una tierna balada que le sentó como un jarro de agua fría. Encendió un cigarro y se dirigió a la barra, en el camino se le interpuso una aparición en forma de rubia que le puso la mano en el pecho y empezó a hablarle. No entendía nada de lo que le decía y ella debió darse cuenta porque le cogió de la mano y volvió con él hacia la pista, le pasó los brazos por la cintura, se fundió con él en un abrazo suave y empezó a mover las caderas a izquierda y derecha con un suave balanceo que le recordaba a las hojas de los chopos cuando sube la brisa. No movió los pies, ni ella hizo nada por que los moviera; sólo ese balanceo que le hacía creer que navegaba, ese aroma tan extraño y embriagador, que nunca antes había oído, ese cuerpo de ola moviéndose pegado al suyo, ese extraño cosquilleo que le erizaba el vello y que le subía por la columna hasta darle un chasquido en la nuca, ese sonido monótono y ondulante de palabras musitadas al oído, que no comprendía pero que podía adivinar, o mejor imaginar, lo que significaban esas uñas afiladas que se le clavaban suavemente en la espalda, esos labios cálidos que a veces rozaban un poco su oreja; esa sensa-

ción de estar viviendo un sueño de cuento se desvaneció con el brusco cambio de la música.

Pensando en lo poco que dura lo bueno, se dirigió hacia la barra seguido por la walkiria, que se acodó a su lado y pidió una bebida. Se dirigió a él y comenzó a hablarle, coreada por las bromas, subidas de tono, de sus amigos; ante este torrente de palabras ininteligibles decidió hacer otro tanto, y empezó a hablar con ella, de tal forma que se enzarzaron en una conversación unilateralmente recíproca, amenizada con algunas leves caricias y besos, tímidos primero y más decididos cuanto más hablaban.

A Tomás se le pasaba el tiempo sin darse cuenta, sin pensar en nada de lo que decía, y por eso no se dio cuenta de que sus amigos le insistían para marcharse. Les dijo que se fueran y no se preocuparan por él, que ya volvería de una forma u otra; ahora se sentía a gusto y no tenía ganas de marchar.

Cuando encendieron todas las luces y cesó la música salieron a la calle, y sin pensar en lo que hacían, Tomás y su compañera empezaron a caminar lentamente por el paseo, cogidos de la mano, sin parar de hablar, sin énfasis, tranquilamente, dejando a cada palabra reposar antes de pronunciar la siguiente; arrastrando los pies, sin darse cuenta de que habían